

imprimir hoy, mal que te pese.—A.—¿Conque estás resuelto á meter-te á periodista?

P.—Sí, señor, periodista andante he de ser, y periodista andante he de morir, si place al Altísimo, á pesar de los follones mandrines que impedirlo quisieren.

A.—Que te haga buen provecho.... Adios.

P.—Sí: adios.... y....oye....Esconde la mano, no te la pique el Gallo.

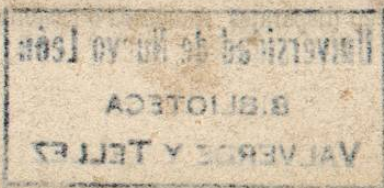
(Inserto en el Siglo XIX, de 26 de Enero de 1842).



EL GALLO PITAGÓRICO.

SEÑORES editores del Siglo XIX.—Muy señores míos: Vdes. sabrán muy bien, como tan instruidos que son, que hubo en la antigüedad un filósofo llamado Pitágoras, inventor del sistema de la trasmigración de las almas. Esta doctrina se reducía á que nuestros espíritus, despues de nuestra muerte, quedan algun tiempo en el aire, y vuelven á animar otros cuerpos. Hasta hoy nadie ha habido que no tenga por ridículo semejante sistema. Yo era uno de los que mas me burlaba de él; pero me ha hecho suspender mi juicio acerca de su verdad ó falsedad, cierto caso que me ha ocurrido, y que paso á referir á vdes. por si quisieren insertarlo en su apreciable periódico, quedando de vds. servidor afectísimo.—*Erasmus Lujan*.—Abril 12 de 1842.

Paseaba yo una tarde por la *Viga*, y por casualidad me detuve junto de un corral, en donde habia algunas gallinas y un gallo. Me divertia con ver á aquellas y á éste pepenar los restos de unas *coladuras* de maiz, cuando observé que el gallo se encaraba hácia mí, con una



espresion que no pudo **menos** de llamar mi atencion. Olvidó su comida y sus gallinas, y **manifestaba** como que queria reconocirme. Por fin se puso de un brinco **sobre** la punta de un palo en que yo estaba recargado, y me dijo con voz **clara** y terminante: *¿Eres tú Erasmo Lujan?* Vds., señores editores, **se** harán cargo de mi sorpresa al oír hablar al gallo. Maquinalmente y sin saber lo que decia, le respondí:— *Yo soy el mismo, un servidor de vd.*; á lo que me contestó:—Yo lo quiero ser tuyo, y aun tu **amigo**, si me lo permites: no te espantes de que me oigas hablar, **cómprame**, llévame á tu casa, y cuando aclares este misterio, cesará tu sorpresa.

A pesar de esta protesta, yo acá para mí creí que tenia al diablo en el cuerpo; pero la curiosidad pudo mas que el miedo. Me informó él mismo de quién era **su** dueño: le supliqué me lo vendiera: se hizo del rogar por vendérmelo á buen precio: en efecto, se lo pagué bien en clase de gallo: aguardé á que oscureciera, tomé mi gallo debajo del brazo, y marché con él **á** mi casa. Lo coloqué en mi propio gabinete: le puse una cazuelita con maiz, y otra llena de agua limpia, y

En el silencio de la noche cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales (*)

me contó su historia en los términos siguientes:

Dentro de este gallo que tienes delante, está encerrada el alma de Pitágoras. ¿A ver si ahora ries de mi sistema? Vds. los ignorantes siempre se burlan de lo que no entienden.—¿Pues cómo, le dije, has venido á dar á este pais?—Te lo diré brevemente, me respondió. Cansado de animar cuerpos de griegos, viéndolos que ya ni aun sombra son de lo que fueron mis contemporáneos, determiné viajar por la Europa culta, habitando en cuerpos de individuos de varias naciones. En efecto, pedí licencia al *Mónade* para pasar á Europa, y me la concedió. Oí decir que los ingleses eran los mayores filósofos de estos

(*) *Cervantes*.—Novela del Curioso impertinente.



Dentro de este gallo tienes el alma de Pitágoras.

tiempos modernos; pues aquí entra bien mi oficio, como decia vuestro D. Quijote; héme aquí encajada en el cerebro de uno de los mas cogitabundos ingleses, que me hacia pensar bastante todos los momentos, que no eran pocos, que no estaba con la *chispa*.

INGLESES.

No puede haber peor habitacion para el alma de Pitágoras, que la cabeza de un inglés. ¿Qué me pareceria que mi patron se engullera dos veces cada dia, media vaca sancochada, muy *comfortable*, cuando yo en mi escuela tenia prohibido á mis discípulos que se alimentaran de carne? Pues agrega á esto, que cada cinco minutos me encontraba sumergida en una nube de vapores de té, que beben por agua del tiempo. Pero sobre todo, yo no sé cómo puede vivir á gusto una alma que á cada momento está con el *Jesus en la boca*, esperando salir del cuerpo por el agujero que le hagan con un pistoletazo en un desafio, ó por el que él mismo se abra el dia que se le antoje hacer algo nuevo.

Por otra parte, me moria de tristeza: yo creo que los dioses, permitiendo que habitase el cuerpo de un inglés, me castigaron por el silencio de cinco años que imponia á mis discípulos. Semanas enteras se me pasaban sin hablar una palabra. Allá cada ocho dias, solia mi huésped pronunciar un *very well*, ó un *yes*, y pare vd. de contar. Su muger era una muchacha linday *comfortable*; pero son tan adustos los ingleses, que no oí que el mio le dijera un *mi alma*, ni aun en el dia de la boda. Por fin, una mañana que se levantó con el spleen mas negro que otras veces, tuvo la bondad de plantarse en una sien un pistoletazo tan *comfortable*, que no hube menester mas para verme libre por esos aires de Dios.

FRANCESES.

Descansé algunos días, y habiéndome acordado de que los franceses son en todo diametralmente opuestos á los ingleses, inferí que pues me habia ido tan mal en la cabeza de un inglés, me iria perfectamente en la de un francés; pero, amigo mio, hice la cuenta sin la huésped, y conocí por mi propia esperiencia que todos los estremos son malos. El dia que me fastidié de hallarme en la atmósfera inglesa, que fué muy pronto, porque el humo del carbon de piedra, los vapores del Támesis, y las nieblas diarias, la hacen tan densa, que positivamente se masca; dí un brinco, atravesé el canal de la Mancha, y héme aquí en la atmósfera de la turbulenta Francia.

Elegí un cuerpó bien formado, y me metí dentro de él. En mi vida me he visto en una agitacion mas continua que en el cerebro de un francés. Para que me puedas entender, me esplicaré en la frase que usan vds. los mortales, y te diré, que cuando Dios me hizo el gran favor de sacarme de quel presidio, *no tenia hueso sano*, y me estuve mas de un año acostada en un rincon de la atmósfera, descansando de tantas fatigas como sufrí con mi patron. Los franceses lo emprenden todo, se mezclan en todo, y lo que es peor, disputan de todo.

Su pronunciacion es muy fuerte, su idioma muy nasal; cada francés habla mas que ocho locos: dos franceses disputando, meten mas ruido, que diez perros que siguen á una perra. La comparacion entre éstos y los franceses es esacta, por lo que respecta á su modo de ladrar y hablar; pues así como los perros cuando se pelean mantienen un gruñido constante, que interrumpen de trecho en trecho con un ladrado agudo; así los franceses mantienen un sonido confuso y nasal constante, que cuando se ecsaltan en la conversacion, interrumpen con unos gritos capaces de taladrar, no diré los oidos de un animal de carne, sino los de uno de bronce, como el del caballo que conservan vds. en su Universidad.

No habia ópera, comedia, concierto, paseo ni espectáculo público que yo no presenciara, y concurriera con mi contingente de vivas, aplausos y aun versos; porque no hay una nacion debajo de las estrellas, mas propensa á la diversion que la francesa. Y ¿qué diré de la galantería? Jamas pierde un francés la ocasion de requebrar á una dama, aunque siempre todo el gasto lo hace la lengua y ninguno la bolsa: *Beaucoup de bons mots y point d'argent*. Y ahí me tiene vd. continuamente aguzándome para ministrar bastante material á la tarabilla de mi patron, á fin de que pudiera enamorar á cuantas cómicas, operistas, casadas, viudas frescas y doncellas encontraba al paso. Yo misma reia unas veces, y otras me escandalizaba de las enormes mentiras con que procuraba interesarlas en su correspondencia. Son naturalmente afectuosos, y cuando están apasionados, no hay hipérbolos que les parezcan ecsageradas, ni promesas que juzguen impracticables.

Los franceses en su mayoría, no solo aman, sino que veneran con cierta especie de fanatismo á Napoleon, principalmente si alguno de ellos ha tenido la imponderable dicha de servir, aunque haya sido de pito ó de tambor en el ejército imperial. Julio César, en concepto de cualquiera de estos, no pasaria en las filas de Bonaparte de un cabo de escuadra, y Alejandro Magno de un sargenton. Esta fué precisamente la causa de la muerte de mi huésped. Tuvo acerca de su héroe una disputa con un inglés, que para aquí entre nos, pensaba lo mismo que yo, que el tal Napoleon habia sido en sustancia un malvado con fortuna, que deslumbró con apariencias, como todos los conquistadores afortunados. A pocas palabras se ecsaltaron nuestros disputadores, y concluyó la cuestion por el desafio de costumbre. Disparó el frances, erró; la bala del inglés pasó el corazon de mi huésped, y yo volví á los aires á descansar de la movilidad continua en que me tenia mi desgraciado huésped.

ANGLO-AMERICANOS.

Como te dije antes, me estuve un año reponiendo del cansancio, y tuve suficiente tiempo para pensar en la habitacion que debia elegir en lo venidero. Viendo que me habia ido tan mal en las dos naciones mas cultas de la Europa, se me quitaron las ganas de recorrerla toda, y me propuse pasar á América. Allí, decia yo, se ha comenzado á plantar la libertad: esos gobiernos se han de conformar mejor con mi genio y mi primera educacion, que estas viejas monarquías, en las que no se encuentran mas que apariencias de hombría de bien y una religion superficial. Acá, los hombres se suscriben á alguna creencia, no porque estén convencidos de su verdad, sino porque les es útil para sus miras temporales. Se ha hecho un punto de etiqueta y de moda el no parecer incrédulos, y de aquí es que por fuerza ha de pertenecer un individuo á una religion, si no quiere ser mal visto en la sociedad. Pues ya sabes que el mismo Locke, patriarca de tolerantismo, no quiere que la sociedad admita á los ateos (*), porque respecto de ellos no tienen ninguna garantía los vínculos sociales. La libertad de muchos declina en libertinage, y no faltan sostenedores del despotismo real, á que los arrastra la fuerza de la costumbre.

En las repúblicas nuevas que no han visto mas formas monárquicas que las de la opresion, como que todas han sido colonias, en que hábitos no pueden ser los de su genio y carácter particulares, sino de pura imitacion, en que tienen casi á la vista las desastrosas escenas de la revolucion de Francia, es muy de esperarse que la libertad esté bien dirigida y arreglada. Estas consideraciones me hicieron pasar el Atlántico, y situarme en los Estados-Unidos del Norte. Elegí esa nacion antes que á la tuya, porque creí que estuvierais padeciendo aquellas oscilaciones que son consiguientes á la variacion,

(*) *Carta sobre la tolerancia.*

no solo de un gobierno, sino de opiniones y costumbres. Quise dejar que el primero se consolidara, que las segundas se rectificaran, y las terceras se formaran originales, y que perdierais las de imitacion.

Hé aquí que me planté de patitas en el cerebro de un anglo-americano. Jamas he llevado mayor chasco. Observé que el cerebro de mi huésped se iba endureciendo á proporcion que crecia, hasta llegar á metalizarse completamente. Este fenómeno me sorprendió, y mucho mas cuando ví, que igual trasformacion habia sufrido su corazon. Procuré indagar la causa de esto, y averigué que todos los anglo-americanos tienen el corazon y el cerebro de plata, porque á fuerza de no amar otra cosa que al dinero, ni de pensar en otra cosa que en el dinero, llegan á metalizarse sus cerebros y corazones. Y es una providencia de Dios, que ellos no sepan esa metamorfosis, porque si la supieran, se matarian unos á otros, y aun á sí mismos, por sacarse del pecho ó de la cabeza un *dollar*.

En efecto, no pudo menos que repugnarme infinito ese desenfrenado apetito de dinero. Este es el único dios que adoran, y al que sacrifican todos sus deberes. Allí no hay buena fé, no hay generosidad, no hay hospitalidad; el engaño, la intriga, la falsedad, todos los medios lícitos ó ilícitos se ponen en movimiento para adquirir caudales. Nunca se indaga la procedencia de éstos, ni las cualidades de las personas. Unicamente se pregunta ¿cuánto vale Fulano? y la respuesta á esta pregunta es la que constituye el mérito ó demérito de una persona. Si es acaudalada, aunque sea la de un asesino ó ladron que se haya levantado con los bienes ajenos en otros paises, nada importa, es un hombre excelente; pero si es pobre, es un bribon despreciable, aunque posea las virtudes mas relevantes, y mucho mas si fuere negro, aun cuando sea rico; porque por una anomalía inconcebible y una contradiccion monstruosa, en el pais que debe reputarse por el emporio de la libertad y de la igualdad, es donde se halla mas marcada la diferencia entre los negros y los blancos. Horroriza á cualquier hombre sensible, no solo el trato que los primeros reciben de los segundos, sino el

que haya leyes que lo autoricen. En ninguna parte es mas infeliz la suerte de los negros que en los Estados-Unidos del Norte. Tal es el carácter de los anglo-americanos.

Ellos son los contrabandistas natos del Seno Mexicano, que es uno de los ramos de industria con que hacen bastante dinero. Mi huésped se apoderó de una goletita que estafó á unos pobres alemanes, que con toda su sinceridad y honradez andaban comerciando en ella: la cargó de efectos prohibidos, y nos dirigimos á las costas de esta república: navegamos con viento en popa hasta avistarlas: los americanos conocen mejor vuestras costas, que vosotros los contornos de vuestras haciendas. Esperamos la noche para anclar en una rada, y descargar en la playa: llegó la noche; pero con un fuerte Norte y una horrorosa borrasca: nuestra goleta fué encallada en un banco de arena, las olas la hicieron mil pedazos, todos los que venian en el barco se ahogaron: yo dejé el cuerpo de mi huésped que se disputaban dos tiburones, y por entre las olas me escapé á la atmósfera de tu república, abominando á los anglo-americanos.

MEXICANOS.

Determiné quedarme en este pais, pues aunque los consideraba todavía en la época de las revoluciones, que siempre preceden á la consolidacion de un gobierno, y mas en una nacion nueva, en que la falta de esperiencia es preciso que la haga incurrir en mil defectos en política; como tenia, y en efecto conservo, una alta idea de la generosidad, de la hospitalidad, del desinterés, de la dulzura del carácter de los mexicanos, supuse que con una poca de constancia, y amaestrados por la esperiencia de vuestras mismas aberraciones, llegaria el día en que ocupaseis en el mundo civilizado, el distinguido lugar que merecis por vuestras virtudes, y por los elementos de vuestro suelo,

cuyo desarrollo promete una prosperidad sin límites. Hé aquí mi historia hasta llegar á vuestras costas.

Muy agradable me ha sido oírlo, le respondí; pero falta sin duda una gran parte de ella. Si mi curiosidad no te es molesta, querria saber ¿por qué motivo te has metido en el cuerpo de ese gallo, pudiendo haber elegido otra mejor habitacion?

Esto es lo que yo no queria decirte, porque ya sabes que yo soy muy ingenuo. Adular seria para mí un gran crimen: hablarte la verdad me parece impolítica, porque estoy muy obligado á las almas de tus paisanos, y no querria saliese de mi boca la menor palabra que pudiera interpretarse en contra vuestra; por lo que te suplico me dispenses de continuar mi narracion. Por otra parte, si tuvieras la imprudencia de publicar algunos pasages de nuestra conversacion, podrias acarrear el odio de algunas personas; porque los malvados, que de todo se espantan, y en las palabras mas sencillas, y vertidas sin la mas ligera intencion de zaherir á persona determinada, encuentran alusiones, y tal vez retratos perfectos de sus vicios; creen que el autor no ha tenido otro ánimo que satirizarlos, cuando ellos mismos son los que se aplican el cuadro que el autor trazó en un puro ideal; de suerte que sus mismos defectos son los que les ajustan el saco que les viene, no porque el escritor lo cortó espresamente para ellos. Si fueran virtuosos, no se encontrarían retratados; así como no se encuentran en las sátiras de Horacio, Percio, Juvenal, Quevedo, Padre Islas, Boileau, ó Amato Benedicto, los que no han incurrido en las faltas que estos autores critican.

No creo, respondí, que mis paisanos sean tan necios; saben que en todas las clases del estado son siempre, y en todas las naciones del mundo, mas los malos que los buenos; y así, cuando se escribe contra una clase en general, ya se sabe que se habla de sus malos respectivos, no de toda la clase, ni mucho menos de los buenos que hay en ella. ¡Dios nos libre de que si se hablara como habla Quevedo contra los jueces, los abogados y los médicos, encontrarán

su retrato perfectamente acabado, todos y cada uno de nuestros jueces, abogados y médicos; que si se trata de malos patriotas ó funcionarios, no hubiera uno solo de nuestros patriotas ó funcionarios, que no pudiera ponerse el vestido como si se lo hubieran cortado á su medida! Así que, bien saben mis paisanos que esas sátiras generales tienen muchas escepciones, y ¡dichoso aquel á quien su conciencia lo incluye en la escepcion y no en la regla general!

Conque, bajo este aspecto, no seas tan escrupuloso. Respecto de tu delicadeza para no hablar conmigo de los defectos de mis paisanos, á quienes te confiesas muy obligado, tampoco debes tener escrúpulo, porque á mas de que yo conozco sus faltas, quizá esta conversacion servirá á muchos de leccion para que las corrijan, y sean como deben ser, y no como son. Ya ves que en lugar de hacerles con tus verdades un agravio, les haces un gran servicio; porque ¡qué mayor puede hacersele á un hombre que volverlo bueno, de malo que era?

—Tienes razon, me contestó; y confiando en el buen juicio de tus paisanos, continuaré la relacion de mi historia. Me quedé, como te decia, en la atmósfera de tu república: anduve vagando algunos dias por aquí y por allí, hasta encontrar el lugar en que se hallaban juutas las almas de los que mueren en este pais, esperando cuerpos en que volver á introducirse. Llegué por fin á donde estaban, y me recibieron con tanta cortesía, afabilidad y dulzura, que cuanto habia oido acerca de la generosidad de los mexicanos, me pareció poco en comparacion de lo que yo misma experimentaba, y á sus consejos debo hallarme en este cuerpo de gallo.

—¡Cómo así! le interrumpí, pues qué, ¿no encontraron otra habitacion mas digna de tí que proporcionarte?

—No te precipites, me respondió: escucha, y no empieces á culpar á mis queridas amigas las almas de tus paisanos.

Jamas he visto tanta multitud de almas reunidas como en la atmósfera de México: no pude menos que preguntar la causa. Consiste, me

dijo una alma de un aspecto interesante, pero que manifestaba estar poseida de un grave dolor, en que nosotros parece que hemos dedicado todos nuestros conatos á destruirnos, mas bien que á reproducirnos. Oajaca, Tolome, la Acordada, los Pozos del Cármen, el Gallinero, el Álamo, San Jacinto, *la gloriosa jornada* del 15 de Julio de 1840, la regeneracion de 1841, &c., &c., han poblado de almas este lugar; de suerte, que si nos convirtiéramos en pesos al salir de nuestros cuerpos, la hacienda pública de México tuviera cada año un *superabit* en vez de un *deficit*. Yo, que naturalmente soy pacífica, lamento la suerte de los mexicanos, y pido á Dios con ansia que venga un gobierno que no piense en soldados, sino en labradores y artesanos, y que no se ocupe de la guerra, sino de la poblacion y colonizacion: mientras que esto no suceda, ha de haber un remanente de almas que en cada revolucioncita se ha de aumentar, y llegará el caso de que hasta nosotras nos pronunciemos unas contra otras, para apoderarnos del primer cuerpecito que veamos formado.

—Triste idea me das de tu pais, le respondí, y poca esperanza me queda de colocarme en algun cuerpo.—Eso no, me contestó: nosotros los mexicanos somos muy generosos. A mas de que, apreciamos mucho á los extranjeros, y acaso mas de lo regular, principalmente si vienen de Lóndres ó Paris. Tú serás preferida, te cederémos el lugar, te acomodará primero que nosotras, aunque nos quedemos en el aire *per omnia saecula saeculorum*; y no solo esto, sino que te cedemos la eleccion. Escoge el cuerpo que mas te agrade, y desde ahora te lo cedemos.

Dí gracias á una alma tan generosa, y á las demas, que convinieron con toda sinceridad en lo que ella me habia ofrecido, y en seguida les dije: Almas nobles, que acreditais el concepto que en todas partes se tiene de la generosidad y beneficencia de los mexicanos; ya que tan bien dispuestas estais en favor de este extranjero, que ningun mérito tiene para hacerse recomendable á vosotras, yo os suplico y os conjuro por vuestra misma bondad, que me sirvais de consejeras para